

TZAV

25.03.2019
16 Adar II 5779

616

Argentina * Hevrat Pinto

Viamonte 2715 • 1213 Buenos Aires • Argentina
Tel: +5411 4962 4691
hevratpinto@gmail.com



México * Ohr HaIm Ve Moche

OR JAIM VEMOSHE
Fuente de trevi 218

Tel +5559900579 jkursion@aol.com



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del
Tzadik

16 - Rabí Pinjas Menajem Álder de Gur.

17 - Rabí Ezrá Ades, Rabino de Hertzlia.

18 - Rabí Abraham Di Boton, autor de Léjem Mishné.

19 - Rabí Yosef Jaím Zonenfeld.

20 - Rabí Shelomó Zalman Auerbach.

21 - Rabí Eliméj de Lizensk.

22 - Rabí Yejiel Mijal HaLeví Epstein.

Boletín Semanal Sobre la Parashá

PAJAD DAVID

Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto *shlita*
Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto *ztz"l* y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto *ztz"l*



Maskil leDavid

Comentario semanal de Morenu veRabenu, Rabí David Janania Pinto *shlita*, sobre parashat hashavua

El sabio uso de la humildad implica elevación

"Y el fuego del Altar arderá en él" (Vaikrá 6:2)

Del lenguaje del versículo, entendemos que se refiere al cohén que ofrenda el korbán, pues no está escrito "arderá sobre él" ('sobre el Altar'), sino "arderá en él", en el cohén. De aquí aprendemos que en el momento en que la persona cumple la voluntad de Hashem y lleva a cabo Sus mitzvot, tiene que hacerlo con un entusiasmo sagrado, como si un fuego ardiera en sus huesos, en condición de lo que dice el versículo (Tehilim 35:10): "Todos mis huesos dirán: '¡Hashem, Quién como Tú!'. Y uno no debe cumplir las mitzvot de Hashem con pereza y flojera, sino con amor y deseo, con diligencia y alegría, para proveer de satisfacción al Creador.

En nuestra parashá, aprendemos cuán despreciable es la arrogancia; y así dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Vaikrá Rabá 7:6): "HaKadosh Baruj Hu dijo: 'Todo el que se eleva a sí mismo, al final acabará en el fuego, como dice el versículo (Vaikrá 6:2): '... ella es la ofrenda de elevación que arde''. ¡Ay de la arrogancia, de la cual no sale nada bueno nunca! Y Rabí Yehoshúa Ben Leví dijo: "Veamos cuán grandes son los bajos ('humildes') delante de HaKadosh Baruj Hu: cuando el Bet HaMikdash estaba en pie, si una persona ofrendaba un Korbán Olá ('ofrenda de elevación'), tenía un korbán Olá de su lado; si ofrendaba un Korbán Minjá, tenía una Minjá de su lado. Pero el que era humilde, era como si hubiera ofrendado todas las ofrendas juntas y las tuviera de su lado, como dice el versículo (Tehilim 51:19): 'Las ofrendas de Dios son el espíritu quebrantado'; es decir, las ofrendas más complacientes a HaKadosh Baruj Hu no son los sacrificios y las ofrendas, sino el espíritu sumiso de la persona".

Por ello, la Torá nos fue entregada precisamente en el Monte Sinai, que es una montaña baja, más baja que las demás. Y, además, la Torá fue entregada precisamente de manos de Moshé Rabenu, "el más humilde de todos los hombres sobre la faz de la tierra". Esto viene a enseñarnos que todo el que quiere tener el mérito de recibir la Torá, primero, tiene que involucrarse de cuanto humildad pueda valerse, pues ella es la mejor cualidad por excelencia.

Siempre tuve una pregunta al respecto en este tema. Si la Torá fue entregada precisamente en el Monte Sinai para enseñarnos la importancia de la humildad y la sumisión, ¿por qué no fue entregada en un valle? ¿Por qué precisamente en una montaña, si, después de todo, ello implica altura?

Los comentaristas explicaron al respecto que la Torá quiso enseñarnos cuál es el sendero correcto por el cual la persona debe conducirse con la cualidad de la humildad. Ciertamente, el ser humilde y sumiso es algo muy importante y recomendable; no obstante, por otro lado, la persona debe saber elevarse y subir su espíritu, y sentir un grado de importancia y grandeza. Sin embargo, no debe hacerlo delante del prójimo —jas veshalom—, sino tiene que verse a sí mismo con importancia y decirse: "De todas las criaturas del mundo, solo yo tengo el mérito de ser el elegido de entre todas las criaturas. HaKadosh Baruj Hu me escogió solo a mí para ser Su siervo eterno, para presentarme delante de Él y servirle". Con pensamientos buenos como éste, no cabe duda de que al momento que es puesta a prueba, cualquier prueba, que la incite

a transgredir la palabra de Hashem, la persona se alejará del pecado de inmediato y lo aborrecerá, porque se dirá a sí misma que no es apropiado que el "hijo del Rey", una persona elevada y honorable, vaya a enfurecer a su Padre y rebelársele.

Tenemos que, aunque es cierto que la cualidad de la humildad es muy importante, de todas formas, eso está dicho en lo que respecta a la relación de uno con los demás; uno debe cuidarse de no enaltecerse ante el compañero, ni de ser jactancioso. No obstante, en cuanto a sí misma, la persona tiene que elevar un poco su honor, y comprender cuán importante es ella a los ojos de HaKadosh Baruj Hu. Así, la Torá fue entregada precisamente en el Monte Sinai, y no en un valle ni en una planicie, pues es correcto y recomendable que la persona tenga un poco de orgullo particular y una sensación de importancia personal. Esto en cumplimiento del versículo (Divré HaYamim II 17:6): "Su corazón se elevó en los senderos de Hashem"; así como el Monte Sinai era el más bajo de todos, de todas formas, tenía cierta altura.

No obstante, con ayuda del Cielo, pensé en responder a la pregunta de otra forma. Es sabido que el cielo es el símbolo de lo que es espiritual, de lo que está relacionado con el servicio a Hashem Yitbaraj, lo que involucra asuntos muy elevados y celestiales. En contraste, la tierra representa los temas materiales y terrenales. Podemos decir que la Torá fue entregada precisamente sobre una montaña, que no es otra cosa sino la tierra en ascenso al cielo, y no en un valle o planicie, que representan un cierto apego a la tierra, a lo material. Todo esto enseña a los Hijos de Israel que tienen que elevar siempre sus ojos hacia las Alturas, y anhelar conectarse con los temas celestiales en el servicio a Hashem Yitbaraj, y cumplir con las mitzvot. No deben estar apegados a la tierra, como el valle que representa el materialismo y lo mundanal. Todo lo que les debe interesar es lo que tiene que ver con el Cielo, con el Mundo Venidero, y tienen la obligación de desconectarse de la tierra, que es este mundo, el mundo de la falsedad.

Por lo tanto, cuando Moshé descendió del cielo al Monte Sinai, con las dos Tablas de la Ley en las manos, y vio que los Hijos de Israel estaban enfascados en el pecado del becerro de oro, de inmediato, arrojó las Tablas al suelo, y las rompió. El Monte Sinai representa lo que es el mundo de la verdad, que es un mundo espiritual, y sobre ese monte nos fue entregada la Torá de la verdad. En contraste, el pecado del becerro representa este mundo, el mundo de la falsedad, en el que las personas se equivocan y van en pos de los placeres que se encuentran en este mundo, y todo lo que les interesa se encuentra en los "becerros de oro" que poseen. No cabe duda de que es imposible que estos dos mundos residan simultáneamente en el corazón de la persona. No puede ser que la persona se conduzca según la Torá y cumpla las mitzvot, a la vez que va en pos de los placeres mundanales prohibidos, enfureciendo de esa forma al Creador. Cuando Moshé Rabenu vio que los Hijos de Israel estaban dedicados a los dos mundos, si hubiera tratado de unir las Tablas de la Ley, que son la verdad, con las tablas de la falsedad y decepción, las Tablas de la Ley no habrían podido existir; por eso, las rompió delante de ellos.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita



Un buen acto trae consigo otro buen acto

En una oportunidad, me invitaron a participar en una cena para recolectar fondos para Kimjá DePisjá para los pobres de Francia y para ayudar al colel de Morí VeRabí, HaRav Biniamin Zeev Kaufman, zatzal, de Inglaterra. Esta persona era un Tzadik y un Talmid Jajam, cuya boca nunca cesaba de pronunciar palabras de Torá. Yo estudié bajo su tutela en la Yeshivat Nétzaj Israel en Sunderland.

Durante toda la noche, no pude evitar notar que este venerable sabio observaba constantemente su reloj. Al parecer, estaba muy apurado por llegar a algún lado. Le pregunté al respecto y se negó a responderme. En verdad, mi pregunta estuvo de más: yo sabía perfectamente que para el Rav su tiempo era sumamente valioso. Su único interés era estudiar Torá.

Como sinceramente deseaba aliviar su incomodidad, ofrecí donar toda la suma que podía llegar a reunir en esa cena. Repetí la suma exacta que iba a entregar para su yeshivá, sabiendo que esa era la cifra que él podría llegar a recaudar durante su visita a París. Al oír eso, los ojos del Tzadik brillaron y con enorme alegría exclamó: "Ahora puedo retomar mi rutina habitual del servicio a Dios sin tener que ir a golpear las puertas de potenciales donantes".

Pero después de pensarlo un instante, me preguntó: "¿Y qué pasará con los pobres de Francia?".

"Ese es mi problema".

Yo sabía que estaba aceptando hacerme cargo de un proyecto masivo. Por supuesto, debería haber sabido que los hombros de Dios son sumamente amplios. En ese mismo momento, se me acercó una persona y me dijo al oído que deseaba donar una suma respetable de dinero para nuestras sagradas instituciones. Lo que hace que este episodio sea más increíble es que la cifra que mencionó era exactamente la misma que yo había ofrecido donar para el colel de mi Rav en Manchester. Lo único que lamenté fue no haber duplicado mi oferta, porque en ese caso seguramente Dios se hubiera asegurado de enviarme la cantidad necesaria.

Al regresar a mi hogar, le conté lo ocurrido a mi esposa. Ella me sugirió que agregara una suma adicional al donativo para la yeshivá de Rabí Kaufman. Llamé a Rabí Kaufman y le informé esta decisión. Él estaba sumamente agradecido.

Ante nuestra sorpresa, el teléfono volvió a sonar de inmediato. Del otro lado de la línea, se encontraba un adinerado amigo de nuestras instituciones, quien nos donó la misma suma de dinero que acabábamos de ofrecer.

Esta cadena de incidentes nos muestra claramente que aquel que es diligente cumpliendo una mitzvá, específicamente la mitzvá de tzedaká, tiene garantizado que del Cielo se lo pagarán. Dios ama a aquellos que son caritativos con Su pueblo y atiende sus necesidades. Él evita que sufran pérdidas y les paga de Sus tesoros, duplicando y triplicando las sumas.

Haftará



"Co amar" (Yirmeiá 7)

La relación con la parashá: en esta Haftará, se hace mención del tema de los sacrificios, cuyo propósito es el de acatar la orden de Hashem y cumplir Su voluntad; entonces los sacrificios serán recibidos con beneplácito y Lo satisfarán. Esto es como el tema de la parashá en la que se mencionan las ofrendas de elevación, que son "inciensos de fragancia agradable para Hashem".

SHEMIRAT HALASHON

Es preferible el silencio

Si uno transgredió y escuchó un chisme, deberá de inmediato buscar con todas sus fuerzas una forma para establecer el hecho en favor de la persona de quien se habló, y expresarlo delante de quien le dijo el chisme. Y deberá procurar sacar del corazón aquello que tenga en contra de la persona de quien se habló. Así podrá corregir dicha transgresión retroactivamente.

Pero si uno sabe que aquel que contó el chisme tomará todo lo positivo que uno le diga para refutarlo o denigrar aún más a aquel de quien habló, sin duda alguna, será preferible permanecer callado. Después, cuando el que le contó el chisme se marche, uno tiene la mitzvá de explicarles a los que estuvieron presentes y que escucharon el chisme que en verdad todo se puede establecer en favor de quien se habló, y procurar sacar de

Dívré Jajamím

Las flores y los chocolates no son lo principal

En la Haftará, el Profeta reprocha al pueblo: "Sumen sus ofrendas de elevación a sus sacrificios y coman carne, porque no hablé con vuestros ancestros, ni les ordené el día en que los saqué de la tierra de Egipto acerca de una ofrenda de elevación ni de un sacrificio".

A simple vista, es de sorprender que el Profeta diga en nombre de Hashem: "... ni les ordené [...] acerca de una ofrenda de elevación ni de un sacrificio", pues de los cinco libros del Pentateuco —Bereshit, Shemot, Vaikrá, Bamidbar y Devarim—, encontramos en el libro de Vaikrá que toda la congregación de Israel recibió la orden de ofrendar todo tipo de sacrificios, ¿y aquí dice HaKadosh Baruj Hu que no pidió de Israel ningún sacrificio?

Esto se puede comprender por medio de una parábola, citada por el Rav Pinchus, zatzal, en el libro Tiféret Shimshón:

Imaginémonos a una familia. El jueves en la noche el esposo sale al supermercado para hacer las compras semanales según la lista que le dio su esposa. En la lista, se encontraban enumerados todo tipo de artículos comestibles, como pan, verduras, etc., y otros artículos necesarios en la casa. El esposo reunió todos los artículos y se dirigió a la caja. Antes de que la cajera terminara de hacer la cuenta, el esposo agregó a la compra unas cuantas barras de chocolate para alegrar a los niños. Al salir del supermercado, se encontró con un vendedor de flores, de quien compró un ramillete para alegrar igualmente a su esposa.

Llegó a la casa, ordenó todos los artículos adquiridos en sus respectivos lugares, y luego de concluir el orden, sacó, de pronto, el ramillete de flores y se lo entregó a su esposa.

"¡Wow! ¡Qué lindo!", dijo claramente halagada la esposa. Pero el esposo no había terminado; de la bolsa de compras, sacó las barras de chocolate y se las ofreció a los niños. "¡Qué papá tan bueno!", exclamaron con entusiasmo los pequeños.

A estas alturas, nadie les prestó atención a los panes, ni a los tomates, ni a las legumbres... Cada cual estaba contento con el regalo particular que había recibido, y pensaron: "¡Baruj Hashem! ¡Qué felices somos!".

Tanto fue el deleite y la alegría por la consideración del padre para con ellos que toda la semana

solo hablaron acerca del ramo de flores y de las deliciosas barras de chocolate que habían recibido.

Cuando el esposo vio la reacción de su esposa y sus hijos, se dijo a sí mismo: "¡Listo! Ya sé qué es lo que le gusta a mi familia". De modo que la semana siguiente, cuando volvió a hacer las compras semanales del supermercado, en lugar de hacer las compras necesarias —pan, verduras, etc.—, le compró a su esposa un ramo de flores más grande que el anterior y, a los niños, les compró el doble de barras de chocolate.

Al regresar a casa, exclamó: "¡Miren qué les he traído!", confiado en que la alegría iba a romper el techo y llegar hasta el cielo.

La esposa observó el ramo de flores y le preguntó: "¿Y dónde están el pan, las verduras y el resto de las cosas que se necesitan?". Cuando la esposa se dio cuenta de que él no había comprado nada de eso, sino solo las flores y los chocolates, se enojó y le dijo: "¿Acaso yo te pedí las flores?".

El esposo le respondió con sorpresa: "¡Pero si la semana pasada lo único de lo que hablaste fue acerca de las flores!".

Ciertamente, la diferencia es clara: cuando el hombre se preocupa de traerles a su esposa y a sus hijos todo lo que necesitan, "envuelve" todo eso con un lindo papel de regalo y un lazo, y, además, agrega un ramo de flores y unas barras de chocolate, ¡qué mejor! Pero cuando el hombre se desentiende de las necesidades verdaderas de su esposa y de sus hijos, las flores y los chocolates carecen de todo sentido, porque no son parte de las necesidades básicas de la vida, sino, más bien, vienen a expresar una relación interior; y cuando falta esa preocupación por lo que verdaderamente necesitan su esposa e hijos, ni las flores ni los chocolates tienen sentido.

Cuando HaKadosh Baruj Hu reprochó al Pueblo de Israel: "... ni les ordené [...] acerca de una ofrenda de elevación ni de un sacrificio", fue como si hubiera dicho: "¿Acaso les pedí que traigan sacrificios?".

Es decir, el resto de las mitzvot son una obligación que se debe llevar a cabo. Su cumplimiento no depende del nivel en el que se encuentra el corazón de la persona, y si ésta no se encuentra en el nivel adecuado, tiene que cumplir igualmente con la mitzvá. Pero el servicio de los sacrificios que se realizaba en el Bet HaMikdash se encontraba, más bien, en función de "obsequio"; era un regalo que expresaba amor. Si el hombre observa la Torá y cumple con todas las mitzvot, el ofrecimiento de un sacrificio "alegrará" al Creador; pero un sacrificio traído por una persona que no cumple como se debe la Torá ni las mitzvot, no tiene ningún sentido.



Perlas de la parashá

La llama interna del hombre

“Un fuego permanente arderá sobre el Altar; no se apagará” (Vaikrá 6:6)

El Shelá HaKadosh cita, en nombre de Rabí Moshé Cordobero HaKadosh, que existe una segulá maravillosa para salvarse de pensar en pecados, y consiste en recitar este versículo: “Esh tamid tukad al hamizbéaj, lo tijbé”.

El Ketav Sofer encontró una alusión a esta segulá en el contexto mismo del versículo, y lo explica así:

Todo aquel en cuyo corazón arde siempre el fuego de Hashem, y palpita en él el deseo de cumplir las mitzvot, Hashem lo ayuda a salvarse de ese pensamiento foráneo, ese pensamiento inválido; con más razón, lo ayuda a no llegar a cometer una transgresión, como dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria: la mitzvá protege y salva.

Eso es lo que está escrito: “Un fuego permanente arderá sobre el Altar”; el hombre mismo es un Altar; él es un Altar de tierra. Y de allí, del lugar donde estaba colocado el Altar en el Bet HaMikdash, había sido creado Adam HaRishón, como dice explícitamente Rashí en la parashá de Bereshit. Por lo tanto, “no se apagará” el fuego.

“Aquel que busca purificarse, lo ayudan [del Cielo]”, de modo que el que se consagra a sí mismo aquí abajo, en el mundo terrenal, lo consagran con fuego del Altar de las Alturas.

Los sacrificios alejan a los dañadores

“Ésta es la ley de la [ofrenda de] elevación, y de la Minjá, y del Jatat y del Asham” (Vaikrá 7:37)

Rabenu el Jidá destaca, en su libro Jomat Anaj, que la sigla en hebreo de estas ofrendas (עולה מנחה חטאת אשם) forma la palabra עמח“א, asimismo, los nombres de los cuatro dañadores Avón, Mashjit, Jemá y Af (אף) formen la misma sigla. Esto viene a insinuar que los sacrificios anulan a estos dañadores (del libro Éretz HaJáim).

Con esto se comprende lo que escribió el Tur (Óraj Jaím 237), que la razón por la que decimos “VeHú, Rajum...”, antes de comenzar la plegaria de Arvit —lo cual no se dice ni en Shajarit ni en Minjá—, es porque en esas plegarias solían sacrificar las ofrendas permanentes, con lo que expiaban los pecados de Israel. Así dijeron nuestros Sabios, en la Guemará, que en Jerusalem nunca una persona dormía con un pecado en las manos. Y en la plegaria de Arvit, no había lo que los expiara, por lo que establecieron que se dijera “VeHú, Rajum yejaper avón...” (‘Y Él, Misericordioso, expía el pecado...’).

Y en el versículo “VeHú, Rajum...”, se encuentran insinuados los nombres de todos esos dañadores citados arriba, pues el versículo dice: “וישחית” ולא “ישחית” והוא רחום יכפר “עון” ולא “ישחית” (VeHú Rajum, yejaper avón, veló yashjit, vehirbá lehashiv apó, veló yaír col jamató). Y ya que en Arvit no se ofrendaba ningún sacrificio, Le rezamos a HaKadosh Baruj Hu para que Él los anule.

Y el Éretz HaJáim agrega que el primer versículo de Shemá Israel comienza con la palabra Shemá (שמע) y termina con la palabra ejad (אחד), que en hebreo forman la palabra shed (שד: ‘dañador’). Pues con la recitación del Shemá se anulan a estos dañadores, de la misma forma como se anulan con los sacrificios.

No es vergonzoso cumplir con las mitzvot

“El que ofrezca sacrificio de sus ofrendas de paz a Hashem traerá a Hashem su ofrenda del sacrificio de sus ofrendas de paz” (Vaikrá 7:29)

A simple vista, hay una redundancia en el versículo: “sacrificio de sus ofrendas de paz a Hashem, traerá a Hashem su ofrenda del sacrificio de sus ofrendas de paz”.

La explicación radica según lo expone el autor de Haamek Davar, que, aparentemente, a la persona se le podría ocurrir que un hombre respetable que tiene que traer un sacrificio —aun cuando sea una ofrenda de paz— enviará a uno de sus sirvientes a que lo haga por él, pues no sería honroso para él caminar por las calles con el toro que va a ofrendar.

En efecto, la Torá le dice que ¡para cumplir la mitzvá, no hay que avergonzarse! Por eso, él mismo tiene que traer su toro, como dice el versículo: “El que ofrezca el sacrificio de sus ofrendas de paz a Hashem”, él mismo “traerá a Hashem su ofrenda del sacrificio de sus ofrendas de paz”.

Se cuenta acerca de uno de los Tzadikim que fue visto cargando leñas. Le preguntaron: “¿Por qué el Rav está cargando leñas?”.

A lo que él respondió: “Aquí vive una pobre señora que recién acaba de dar a luz, cuya casa está fría. Yo le estoy llevando estas leñas para que caliente su casa”.

Le dijeron: “¡Pero esto es una vergüenza para el Rav! Que ellos contraten a alguien que, por unas cuantas monedas, cargue las leñas”. Les dijo el Rav: “¿Acaso voy a cederle a un no judío una mitzvá como ésta? ¿Y encima pagarle por hacerla?”.

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



La diligencia en las mitzvot con el propósito de hacer la voluntad de Hashem

“Ordena a Aharón y a sus hijos, diciendo: ‘Ésta es la ley de [la ofrenda de] elevación’” (Vaikrá 6:2)

Rashí escribe: “La expresión ‘ordena’ no es sino un lenguaje que implica agilidad, algo que poner en la práctica de inmediato y para todas las generaciones. Rabí Shimón Ben Yojay dijo: ‘La Torá viene a exigir mayor agilidad en donde cabe la posibilidad de pérdida monetaria’”.

Es sabido que los cohanim tenían cierto provecho de cada sacrificio. Ellos recibían parte de la carne de los sacrificios, con excepción de la ofrenda de elevación, la cual era consumida totalmente por el fuego sobre el Altar; solo la piel de dicho sacrificio les quedaba a los cohanim. La Torá temió que aflojaren en el ofrecimiento de este sacrificio, y por ello exigió diligencia en su realización, pues podía haber una pérdida monetaria.

Es obvio que nuestra sagrada Torá nos enseña una gran moraleja que debemos aprender para todas las generaciones. Aun, hoy en día, en que lamentablemente carecemos del Bet HaMikdash, debemos aprender de aquí una lección en el servicio a Hashem, y ser diligentes en cumplir la voluntad de Hashem Yitbaraj, sin aflojar.

Aun en aquellas mitzvot que implican —por así decir— una pérdida monetaria y no se obtiene ningún deleite, de todas formas, la persona debe incurrir en los gastos que implique el cumplimiento de dichas mitzvot, ya sea en la compra de un par de tefilín hermosos o un etrog espléndido. Asimismo, en el cumplimiento de la mitzvá de tzedaká y de la realización de actos de bondad, la persona debe ser muy ágil y no dejarse incitar por la Inclinación al Mal, que le dice que el gasto es demasiado grande, que debe ahorrar y cumplir la mitzvá solo con lo mínimo necesario para salir de la obligación y no más. Más bien, la persona deberá correr a la Inclinación al Mal hacia un lado y apresurarse a hacer la voluntad de Hashem, pues la expresión “ordena” implica diligencia. Así, deberá dar de su dinero con satisfacción y alegría para cumplir las mitzvot de Hashem Yitbaraj.

También de la ofrenda de elevación, que era totalmente quemada para Hashem, aprendemos que incluso todas las acciones de la persona deben ser completamente en honor de Hashem. También cuando la persona come, bebe y duerme, o se dedica a sus necesidades materiales, debe tener en mente que lo hace, no para deleitarse, sino para tener fuerzas y salud para servir a Hashem Yitbaraj. De esta forma, podrá continuar en el servicio sagrado con mayor ímpetu. Entonces, resulta que incluso sus acciones materiales se convirtieron todas en algo sagrado para Hashem, en Nombre del Cielo.

TZEIDÁ LADEREJ



Lo que se aprende de la lluvia

En el Tratado de Avot (5:5), se relata acerca de diez milagros que sucedían para nuestros ancestros en la época del Bet HaMikdash ; uno de estos era que la lluvia no apagaba el fuego de los leños que se encontraban ardiendo sobre el Altar.

Y surge la pregunta: ¿acaso hay cosa que Hashem no pueda hacer? ¡Hashem podría hacer un milagro menor: que no cayera la lluvia precisamente sobre el Altar, así no sería necesario un milagro mayor como ese, que el agua no apagare el fuego!

Rabí Jaim de Volozhin explica que esto viene a enseñarnos cuál es la conducta correcta: la persona no debe moverse, de ninguna manera, de su puesto en el servicio sagrado.

Así como el fuego ardía constantemente sobre el Altar, aún cuando lloviera sobre él, el fuego no cesaba, de la misma forma, lo apropiado es que, a pesar de todos los sucesos que pudieran molestarle en la vida, la persona debe ser constante en su puesto, en su función, y no moverse de su servicio sagrado a Hashem.

La mayoría de las personas en el mundo excusan el hecho de que no estudian Torá porque tienen que preocuparse de su sustento; eso es lo que les impide su servicio a Hashem. Pero la verdad es que la persona debe confiar en que Hashem le proveerá lo que necesita y que las “lluvias” no lo apagarán, es decir, que los asuntos materiales y el sustento no apagarán el fuego de la dedicación a la Torá, sobre la cual está dicho (Yirmeiá 23:29): “¿Acaso Mis palabras no son como el fuego?”.



Hombres de Fe

Enseñanzas de vida tomadas del libro “Hombres de Fe” sobre los tzadikim de la dinastía Pinto

Otros veintiséis años

La siguiente historia ilustra el grado en el cual los actos de Rabí Jaím HaKatán eran valorados por la Corte Celestial.

Cuentan que en una oportunidad, Rabí Jaím sufrió un caso agudo de tifus y estuvo al borde de la muerte. Los miembros de la jevrá kadishá se reunieron alrededor de su lecho y, cuando les pareció que daba su último suspiro, comenzaron a recitar Tehilim a su lado.

De repente, Rabí Jaím abrió los ojos, se incorporó levemente y les dijo a los miembros de la jevrá kadishá:

—Pueden dejarme solo. Estoy bien. Me han otorgado otros veintiséis años de vida.

Cuando todos se recuperaron de la impresión, el Tzadik les explicó que cuando estaba a punto de morir, de repente, ante la Corte Celestial, se presentó su abuelo, Rabí Jaím HaGadol. En medio de lágrimas, él suplicó:

—Deben agregarle más años de vida a Rabí Jaím, porque todavía no ha terminado todo lo que debía hacer. Debe vivir más tiempo para incrementar la fe de la gente en el Creador.

Rabí Jaím HaGadol siguió suplicando por su nieto. Finalmente, la Corte Celestial aceptó su apelación y le agregaron otros veintiséis años de vida a Rabí Jaím HaKatán. Durante esos años, él se dedicó a fortalecer la fe de sus hermanos en el Amo del Universo.

Mejor morir

Aunque Rabí Jaím HaKatán falleció aproximadamente

dos años antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, antes de su muerte, predijo lo que sucedería. A través de la inspiración Divina, Rabí Jaím percibió que se aproximaba el Holocausto, en el cual serían masacrados seis millones de kedoshim. Él describió los eventos futuros a su hijo, el sagrado Rabí Moshé Aharón Pinto.

El Tzadik, Rabí Meir Pinto, el tío de Morenu VeRabenu, da testimonio de haber escuchado lo siguiente acerca de su padre. Unos pocos días antes de su fallecimiento, Rabí Jaím convocó a todos sus hijos y a sus familias para bendecirlos, y les dijo:

—Se acercan días en los cuales un malvado se levantará y destruirá con crueldad la mitad del viñedo de Dios. Si mis méritos no son suficientes para cancelar este decreto, entonces es mejor que muera antes que seguir vivo y ver el sufrimiento de mi pueblo. Sin embargo, si estoy en las Esferas Superiores, desde allí podré intentar cancelar el decreto.

Tal como lo predijo, el diecisiete de elul de 1939 (5699), comenzó la terrible guerra. Seis millones de judíos de las comunidades de Polonia y Europa fueron torturados e incinerados. Por esta razón, Rabí Moshé Aharón vistió arpillera y cenizas durante cinco años, hasta que terminó la espantosa guerra.

Rabí Moshé Aharón habló en muchas ocasiones sobre los eventos del Holocausto y los días del Mashíaj. Él intentó con todas sus fuerzas mitigar el sufrimiento.